

puso de pié con espada y cetro para contarle todos sus pensamientos. A fin de hallarse mas aparejado al combate hacia voto de castidad, y juraba no pensar en mujer é hijos, recluyéndose horas enteras en el convento de Almeirin para consultar con el jesuita Simon Gomez ó leer la historia de San Ignacio de Loyola, en la cual enloquecía de fanático entusiasmo la velada de armas ante la Virgen y la peregrinacion á Jerusalem en busca de la reconquista por sí solo del Santo Sepulcro. Nunca se vió en héroe alguno de la historia tan estrechamente unido el carácter aventurero de la caballería andante con el carácter místico de la leyenda monástica, como en este coronado héroe. Las utopias jesuíticas habian hallado en él su encarnacion mas brillante y mas viva. Lo imposible resultaba una palabra vana para su razon enamorada de todas las utopias. Así, brilló como brillan esos aerolitos, en la oscura noche, que parecen soles deslumbrantes superiores á las estrellas, y resultan al cabo frios é informes pedruscos.

La imprudencia en el político equivale al valor en el suicida. Mucho hay de grande y heróico y extraordinario y épico en una empresa de arriesgo y de temeridad; pero hay poco de político, pues la política solo excusa las derrotas, cuando se han empleado todos los recursos y se han puesto á una todos los medios para el decidido logro de la indispensable victoria. La imprevision sobresalia en todos los defectos de aquel héroe de las aventuras religiosas. Para evitar los consejos de la prudencia y de la sabiduría, el rey don Sebastian se refugió en alta mar; y allá expidió las letras convocando por medio de ocho mil cartas las milicias de los Ayuntamientos y las mesnadas de los Consejos. Esta extraña locura pudo costarle sin remedio la vida; porque una tempestad le sorprendió en alta mar, le arrastró hasta Madera, de donde no volvió sino tarde, haciendo creer á sus vasallos que se lo habia tragado el Océano. Pio V, aquel Papa inquisidor, fiado en la facilidad inmediata de la restauracion religiosa, fomentaba las demencias del monarca portugués, como los aventureros proyectos de don Juan de Austria; y para mas incitarlo, como aquel se llamaba don Sebastian, remitíale flechas de las empleadas, segun tradiciones piadosas, en atravesar las carnes del Santo. Una leva inmensa se promovió en el exhausto Portugal, que apenas pudo producir nueve mil milites bisoños. Así, el Papa mandó novecientos hombres;

Castilla tres mil, aguerridos y disciplinados, con quinientos hidalgos; Alemania unos tres mil mercenarios; componiendo entre todos, incluso los musulmanes del destronado Emir de Fez, cuya reposicion le sirvió de pretexto á la empresa africana, como veinticuatro mil hombres. Vistieron estos cual si fueran para un simulacro; é iban á una catástrofe. Despidieronlos en los muelles las lusitanas, como si partieran á una fiesta; y partíanse á una derrota. El 25 de julio, cuando la armada, compuesta de innumerables buques, levaba anclas, bien puede decirse que conducia seguramente al pobre Portugal para enterrarlo en los arenales de Africa. Don Sebastian llevaba consigo la corona imperial de Fez, forjada para ceñírsela desde su arribo á las sienas; y hasta el predicador que habia compuesto la oracion sagrada de su victoria. Pero los moros le llamaron al interior para que no pudiese defenderse de ninguna suerte sobre aquel suelo abrasado del desierto líbico, tan funesto al soldado europeo; y cuando ya le vieron engolfado en las arenas ardientes, sin base de operaciones, léjos de la costa donde tenia punto de apoyo tan seguro como Tánger, lanzáronse con el furor astuto de los tigres en el momento mas propicio para ellos sobre su presa. No era un ejército el ejército cristiano, era una legion de cadáveres ambulantes. Llevaban desde Arcilla siete jornadas, y ya no tenían qué comer. Así, nada mas fácil que acabarlos con solo un relámpago, pues no duraria hora y media la batalla. No caen las espigas de un trigo á los golpes de siniestra granizada como cayó aquel ejército al filo de las cimitarras. Parecia que se los tragara el desierto. Don Sebastian, que nunca creyera en la derrota, desapareció, y no ha podido saber aun la historia su paradero. Contó con trono, que se viera desde todos los puntos de la tierra, y que tocara en las estrellas del cielo, para no encontrar luego ni siquiera un sepulcro conocido y seguro, como los mas pobres y mas humildes mortales. Su pueblo todavía lo espera, y cree que volverá de nuevo á encontrarlo en lo porvenir, porque algun ángel lo arrebató al cielo y lo tiene allí sobre las alas de la muerte para devolverlo algun día en mística nube á su patria. ¿No se observa en todo esto el carácter peculiar al jesuitismo, doctrina inventada por un genio sin contar con las posibilidades y las realidades múltiples de la Naturaleza y del alma? ¿No veis en todo esto uno de los mayores y mas grandiosos esfuerzos que puedan imaginarse para encontrar por

todo resultado el desierto y la muerte? Esa esperanza vana de la resurreccion imposible de un Rey desaparecido en las arenas del desierto, ¿no es la esperanza de los judíos, de los jesuitas, de todos los reaccionarios en toda la redondez del planeta? Mirad á España y Portugal víctimas de la reaccion religiosa; y decidme luego si pueden conocerse mejor los estragos de una doctrina y de una secta funestísimas que ha extendido el desierto moral sobre la humana conciencia! La historia de don Sebastian es un verdadero simbolismo.

Dígase lo que se quiera, el jesuitismo es una Orden de completa decadencia. Poseedores de casi todas las Universidades católicas, desde la mitad del siglo décimosexto; ¿qué grandes hombres han dado al mundo? Fuera de nuestro Maldonado, que cultivó con acierto las ciencias exegéticas; fuera de Mariana, gran historiador; fuera de Molina, que ha dejado gérmenes del derecho moderno en sus obras; fuera de Suarez, que ha conseguido espiritualizar un tanto la sensual doctrina tomista; fuera de Kirscher, inventor de la taquígrafía; fuera de Zuki, el cual tanto contribuyó á la perfeccion de los telescopios; fuera de Grimaldi, célebre por sus observaciones respecto á la luz; fuera de Esquinardi, que descubrió el cometa de 1668; fuera de Vico, escudriñador de los cielos, que señaló con exactitud los dos satélites mas cercanos á Saturno, bien puede asegurarse que no hay nombre de primera magnitud en Orden de suyo tan numerosa, y que tan grande poder é influjo ha ejercido sobre la humana sociedad y la humana conciencia. Cuando ya el sistema de Copérnico habia pasado al sentido general humano desde las grandes alturas científicas; y el péndulo de Galileo habia demostrado el movimiento de la tierra; y Newton habia entrevisto la universal atraccion; y Descartes habia basado en el espíritu los fundamentos de toda certidumbre; aun los jesuitas enseñaban los principios reaccionarios antiguos y querian borrar esta Biblia de la ciencia en cuyas páginas se ve tan clara la revelacion eterna de Dios como en la Biblia de la Sinagoga y en el Evangelio de la Iglesia.

En el siglo décimoséptimo, luchando encarnizadamente con Port-Royal, consiguieron los jesuitas una de tantas victorias horribles, mas dañosas al vencedor que al vencido. En las alternativas de aquel combate implacable consiguieron muchas veces que la teología de Port-Royal, ó sea, el Monaste-

rio de sus enemigos, fuese condenada; pero esta condenacion trajo sobre la Iglesia de Francia una debilidad generadora de las revoluciones políticas y sobre los jesuitas un triunfo precursor de su inmediata ruina. En aquella campaña espiritual consiguieron ver abolida la Orden contra cuyos dogmas habian tanto peleado, pero tambien trajeron sobre sí anatema tan terrible como las Provinciales de Pascal, que abrieron una profunda herida en su corazon y determinaron la ruina universal que les alcanzó al siglo siguiente, y de la que nunca pudieron levantarse. Promulgó el Papa la bula *Unigenitus*, victoria nueva del jesuitismo; pero esa victoria, conseguida sobre los textos de la Biblia y sobre las sentencias de los Padres, debia preparar la Infallibilidad pontificia, y la Infallibilidad pontificia debia traer el principio mas contrario al bien y á la salud interior del Catolicismo. Caminaba la Iglesia por la misma senda que la monarquía. Una y otra con la revocacion del Edicto de Nantes en lo eclesiástico y con la decadencia de los Estados generales en lo civil y en lo político, determinaban el colmo de la reaccion, tras del cual, debia venir, sin falta, el estallido terrible de las revoluciones. La monarquía sobrecitada por los jesuitas y enardecida con el furor de fundar su autoridad absoluta, verá en el jesuitismo un tutor y lo romperá en pedazos. Y al romperlo, romperá, como hiciera en tiempo de los templarios con el primero, el postrimer ejército permanente de los Papas. La misma imprevision, que tuvo al destruir los privilegios de la nobleza, castillo y muradal de sus propios privilegios, tuvo al destruir los privilegios del jesuitismo, seguro y muradal tambien de la Iglesia católica. Caidos estos contrafuertes, donde las olas de las ideas nuevas iban á estrellarse, caidos, porque la providencia de Dios está en el cielo y el derecho de la humanidad está en el mundo, las invasiones de la democracia llegaron al mismo pié del trono y de la Iglesia, llamando y atrayendo así las coronas de los Reyes como las tiaras de los Papas sobre sí el rayo inevitable de las revoluciones políticas.

Quando el jesuitismo se creyó mas seguro, en el colmo de su poder y de su grandeza, como suele sucederles á todos los poderes absolutos, le sorprendió la revolucion y le sobrevino la ruina. Nunca estuvieron sus colegios tan florecientes, sus rivales tan sometidos, las almas tan de lleno en sus manos, la enseñanza tan de seguro bajo su direccion, Reyes y príncipes á su

merced por el confesonario, riquezas tan copiosas en sus arcas, Estados tan extensos á su disposicion aquende y allende los mares, los tomistas sus competidores tan rendidos, los galicanos sus rivales tan rotos, los jansenistas sus enemigos tan aniquilados como al subir Benedicto XIV al trono pontificio, quien, deseoso de someterlos y encorvarlos bajo su autoridad suprema, celó sus misiones de Oriente, condenó sus procederes con los indios, puso en claro la infamia cometida en los bazares de siervos diseminados por las orillas del Plata y por las selvas del Paraguay; arguyéndoles de interesados y egoistas como jamás les arguyeran los mas contrarios de sus argumentadores y refrenándolos con el freno poderoso de su autoridad pontificia. Burláronse mucho aquellos eclesiásticos, tan romanos, de las amenazas de Roma. Pero Benedicto XIV, herido por sus burlas, redoblaba sus esfuerzos y se apercibía con tiempo á castigarlos, cuando le sobrevino la muerte.

Respiraron los jesuitas al morir Benedicto XIV, y se creyeron completamente seguros de su victoria. Pero el daño les vino, por lo menos el comienzo, de aquella tierra, que habian tenido y considerado siempre como su antiguo y seguro feudo; el daño les vino de Portugal. Un su discípulo y protegido, el marqués de Pombal, abrióles profunda herida en el corazon. Su alumno, su penitente, su hechura, su hijo, aprendió en ellos el disimulo, y disimuladamente los arrastró al abismo. Bien es verdad, que, hombre de Estado, se halló con un reino rendido completamente al arbitrio y poder de los jesuitas, como hombre de administracion tambien, se halló con un tesoro exhausto y con unas arcas vacías, porque los jesuitas amortizaban el comercio en sus manos y absorbían las rentas coloniales. Poco á poco penetró en el ánimo de aquel ministro destinado á preparar las grandes revoluciones la idea de que su pueblo no tenia enemigo tan temible como la sociedad de Jesus, y poco á poco fué buscando la ocasion propicia de arruinar y extinguir aquella orden extendida como una cancerosa lepra sobre la conciencia y sobre la tierra.

La coyuntura buscada contra los jesuitas por Pombal se halló muy pronto. Era el primer dia de noviembre del año 1755, es decir, mediaba el siglo aquel, en que los filósofos debían comenzar á extender por medio de la enciclopedia las ideas mas abstrusas entre los hombres para convertirles al sentido comun humano; y en que los Reyes y sus primeros ministros

comenzaban la obra inmensa de trastocar la Europa teocrática en una Europa laica. Aquella mañana del primero de noviembre, á las nueve, cuando la mayor parte de los lisbonenses iban á misa en dia de tanta fiesta, estremióse de súbito el suelo de Lisboa, como un barco desarbolado en la tormenta, y próximo á un naufragio. Las iglesias comenzaron á desprenderse y arruinarse sobre las cabezas de los fieles, que saliendo como pudieron, toparon al huir con las ondas del rio que habia salido de madre é inundaba todo aquel espacio; y sobre las aguas oscuras y bituminosas, exhalándose de las ruinas por do quier amontonadas en espirales muy densas, subían nubes de polvo que por las alturas engendraban la noche y hacían temer una tragedia tan pavorosa como la histórica tragedia de Pompeya. El rio, que todo lo inundaba; el mar, que rugía por do quier; las cordilleras de ruinas recién amontonadas; los techos venidos á tierra; los interiores de los hogares descubiertos; el incendio mezclándose con las espirales de agua; los heridos aquí, los amenazados allá, los moribundos por do quier; los muertos, cuyas tripas salidas del vientre, y cuyos sesos salidos del cráneo lo manchaban todo; el hierro quebrado como vidrio y retorcido; los buques en tierra; los enseres domésticos flotando en aquel diluvio; los animales mas mansos enrabiados por el terror á la muerte; el suelo subvertido, los aires relampagueantes, daban á todo aquel sitio de horrores el aspecto apocalíptico de la última noche del mundo. Los historiadores calculan que murieron de diez á quince mil personas en aquella memorable catástrofe, la cual sirvió á Voltaire para burlarse del optimismo de Leibnitz y demostrar al mundo cuán desgraciada es la humanidad y cuán inhabitable su planeta.

Las cualidades por Pombal mostradas para conjurar todas las consecuencias de aquel tremendo caso fueron el principal motivo de su poder y de su dictadura. Entonces concibió dos ideas, acabar con la nobleza, y acabar con los jesuitas, con la nobleza que oponía resistencias sociales al Monarca, con los jesuitas que le oponían resistencias religiosas. Una noche que volvía el Rey D. José desde sus tertulias á Palacio le dispararon un tiro. Hirióle un hombro la bala y le indispuso aquella herida con todos los enemigos de su ministro. Cayeron estos en bárbaro proceso. Todos ellos fueron enjaulados en la casa de fieras de Lisboa. Y al poco tiempo, fueron todos á una sin